

316 *Reflexiones Christianas,*
libertad; y en fin, la naturaleza misma, y la razon, la una corrompida, y la otra engañada, parece, conspiran à ponernos un velo tan denso delante de los ojos, que no pueden penetrar las luces, que Dios nos envia para hacernos conocer su voluntad en quanto à nuestro estado; pero cómo podrían, Señor, penetrar estas luces, quando los mismos, que no las tienen, gustan de su ceguedad, y temen la luz; porque esta no les haga conocer vuestra voluntad, que ellos no quieren seguir!

II. Para conocer la voluntad de Dios, en orden à el estado, es menester consultarnos à nosotros mismos, consultar à Dios, y consultar, à los que tenemos en su lugar: es menester consultarnos à nosotros mismos, y à nuestro proprio corazon; pero no à nuestro corazon debil, y engañado, sino à nuestro corazon atento à la razon, procurando desaffirle de sus flaquezas, y de sus passiones, elevandole encima de todo esso, y moviendole al verdadero deseó, de conocer à Dios, y de seguirle, y atender con docilidad à la voz del Señor, que nos habla

siem-

para el mes de Septiembre. 317
siempre, quando queremos escucharle; porque es Dios principalmente, à quien debemos consultar para conocer su voluntad. Quien puede enseñarnosla mejor, que su Divina Magestad, si quiere? Y cómo puede dexar de quererlo? Quando nos manda, que la sigamos, se obliga de alguna manera, à hacernosla conocer; porque cómo podría yo estar obligado à seguir la voluntad de Dios, si no me daba las luces para conocerla? Su Divina Magestad está obligado à darmelas; pero quiere, que yo se las pida. Digamosle, pues, muchas veces con San Pablo: *Dios mio, qué quereys, qué haga?* O con Samuel: *Hablad, Señor; porque vuestro siervo oye;* ò en fin como David: *Hacedme conocer, Señor, el camino, por donde quereys, que yo vaya.* Si nosotros pedimos estas luces con fervor, y perseverancia, no temamos, que las niegue; mucho mas, quando las está comunicando todos los dias à los pecadores, que las resisten. Nos ha hablado tantas veces, quando no queriamos escucharle; y callará aora?

III. Dios habla tan claramente algunas veces en orden à esto, que no puede-

Actor. 9.
v. 6.
1. Reg. 3.
v. 9.
Pf. 142.
v. 8.

podemos, ni dexarle de entender, ni dexarle de seguir. Este es el modo, con que habló à San Matheo, y à San Pablo: pero no es este el curso ordinario de su providencia. Quando Dios no nos declara su voluntad con un modo mas claro, y sensible, es, que quiere, que nosotros consultemos, à los que tiene en su lugar, como son nuestros Directores. Por esta razon, remitiò à San Pablo à Ananias, para que le explicasse mas claramente su voluntad. Su Divina Magestad quiere, que nos firmamos de nuestra razon, y que poniendonos delante de los ojos el fin, para el qual estamos en el mundo, despues de haver concebido bien la importancia, tomemos al mismo tiempo una resolucion eficaz de dirigirnos à este fin, eligiendo el camino mas corto, y mas seguro para llegar à él. La razon nos hará conocer, que este camino, es el estado, que nos dará mas medios para llegar hasta el fin, y adonde hallaremos menos obstaculos, que nos aparten; y el ardor, con que debemos desear nuestra salvacion, nos hará tomar este estado; y si nuestro discurso se halláre tan sumamente debil,

bil, que tema engañarse, consulte à la muerte; que ésta le dará buenos consejos. Procuremos entrar en la opinion, que tendremos entonces, tomemos el partido, que quisieramos haver tomado en este ultimo momento; que no podremos elegir mal.

FRUTO.

Sirvete de esta ultima regla, no solamente en la eleccion de tu estado, sino en todas las otras deliberaciones; preguntandote à ti mismo: Qué quisieras haver hecho en la hora de la muerte?

Relinquant iter rectum, & ambulans per vias tenebrosas. Prov. 2. v. 13.

Muchos dexan el camino derecho, por tomar sendas obscuras, y tenebrosas.

Licet in limine Pater jaceat, per calcatum perge Patrem, fixis oculis ad vexillum Crucis evola. Hier. epist.

Si tu Padre se echasse en la puerta para impedirte el seguir la vocacion de Dios, passa por encima de él para juntarte al estandarte de la Cruz.



XV. DIA.

CAUSAS, Y REMEDIOS
de la tibieza.

I. NO se puede remediar un mal, si no se conoce su naturaleza; y no puede ésta conocerse, sin conocer su principio. De que se sigue, que no se puede dar remedio eficaz para un mal tan peligroso, como el de la tibieza, si no se sabe, de donde dimana. La tibieza nace de muchos principios: el primer principio de la tibieza, es el defecto de nuestra fé, ácia las verdades eternas. Estas verdades son tan grandes, y tan importantes, que no pueden dexar de hacer mucha impressi6n en el alma, que está penetrada, y convencida de ellas. La floxedad de nuestra vida, viene de la floxedad de nuestra fé, y la de nuestra fé, de el poco fervor, y falta de oracion. El remedio, pues, de este mal, y el medio mas infalible para avivar nuestra fé, es meditar muchas veces,

y con todo conato las verdades, que nos enseña, y son su objeto: meditando las de esta manera, profundaremos sus sentidos, profundandolas, las penetraremos, y penetrandolas, nos gustarán, y este gusto hará nuestra fé viva, y esta fé viva, es, la que anima nuestro fervor. Yo reconozco, Señor, que mi tibieza viene de lo poco fervoroso de mi fé.

II. El segundo principio, de que dimana la tibieza, es, el que nos dexamos preocupar mucho de nuestros negocios, ò de nuestros placeres. El espiritu divertido, y dissipado con el embarazo de los negocios, afloxa con facilidad, y se hace de algun modo incapaz de la aplicacion, y ardor, que se necessita para trabajar à una importancia tan difícil, como la de la salvacion. El remedio es, poner, sino su unico, su principal cuydado en la salvacion, y no embarazarse con otros, sino los que permite esta importancia, aplicandose à los demás, segun los ordenes de la providencia, con una intencion pura, y sin sobrado asimiento. En quanto à los placeres, como nada enflaquece tanto el cora-

322 *Reflexiones Christianas,*
zon, como una vida ociosa, y regalada; tampoco hay cosa ninguna, que haga al alma mas tibia, y cobarde; el remedio es, moderar no solamente los gustos mas legitimos, è inocentes, pero aun privarse de ellos muchas veces, por espiritu de mortificacion. El exercicio de esta virtud contribuye mucho, à conservar, y animar el fervor. El tercer principio, de donde dimana la tibieza, es el exemplo. Pocos hay, aun de los mas regulares, que no aflojen en alguna cosa, y despues nos authorizamos de su exemplo en estos pequeños descuydos para permitirnos mayores, sin darsenos mucho de no imitar sus virtudes. El medio es, atender à las virtudes de los otros para imitarlas, y no à sus faltas, sino es para no incurrir en ellas; persuadiendonos, que solo el exemplo de Jesu-Christo es, el que podemos seguir siempre sin recelo, ni excepcion.

III. El quarto principio, de que dimana la tibieza, es de nuestra floxedad, junta con la dificultad, que tiene la virtud; porque no se puede dexar de confessar, que la práctica de la virtud es dificil, ya se mire con relacion

para el mes de Septiembre. 323
cion à su objeto, que excede à nuestros sentidos, muchas veces à nuestro discurso, y ordinariamente es contraria à nuestras inclinaciones; ò ya se mire la virtud, con relacion al hombre, que es debil, è inconstante, y como es material, no se dexa llevar ordinariamente, sino de cosas sensibiles. El remedio es, acordarse, que Jesu-Christo, que es la misma verdad, nos enseña, que su yugo es suave: que aunque parezca aspero llevar la cruz, será gustoso el llevarla, siguiendole, y mas, quando él nos ayuda à llevarla: que aunque nos sea molesto el hacernos violencia por Dios, la uncion, que derrama con su gracia en nuestros corazones, hace dulce esta violencia: que los del mundo hacen, y padecen mas para contentar al mundo, y condenarse, que nosotros para contentar à Dios, y salvarnos: que nosotros mismos hemos hecho mas para satisfacer à nuestras passiones desregladas, de lo que se nos pide para cumplir con nuestra obligacion. Pero en fin, Dios mio, nos puede faltar animo, y fervor, quando pensamos, que lo que

X 2 ha-

324 *Reflexiones Christianas,*
hacemos, ò padecemos, nos conduce
à la bienaventuranza eterna?

FRUTO.

Resuelvete à aplicar estos remedios para curar tu tibieza: por envejecido, que sea el mal, no será incurable, con tal, que los apliques, como se debe.

Nondum enim usque ad sanguinem restitistis adversus peccatum repugnantes. *Hebr. 12. v. 4.*

Todavía no haveys resistido, hasta verter vuestra sangre, combatiendo contra el pecado.

Invenire est homines pusillanimes, & remissos, deficientes sub onere, quorum brevis, & rara compunctio, animalis cogitatio. *Bern.*

Hay hombres tibios, y remissos, que dexandose caer con la carga, rara vez, y por breve tiempo se compungen, y solo piensan como animales.



XVI. DIA.

DE LA MISERICORDIA DE DIOS,
en recibir al pecador à la penitencia.

Jesu-Christo nada procuró mas, que el que conociésemos su misericordia con los pecadores, y que siempre estaba prompto para recibirlos por la penitencia. Los Fariseos se escandalizaban, y le llamaban el amigo de los pecadores: esto mismo era para él su alegría, y su gloria, queriendo mas, que se dudasse de su santidad, que de su misericordia; y decia publicamente, que no havia venido principalmente para los justos, sino para los pecadores, y que como Medico caritativo buscaba à los enfermos, no à los sanos. Alabó, justificó, y prefirió al Fariseo presumptuoso el humilde Publicano, aunque fue gran pecador. No solamente recibió à la famosa Pecadora, sino que aun la defendió, è hizo su elogio. **Libró**

un santo artificio à la Muger adultera de los rigores de la Ley, y de el falso zelo de los Fariseos, y satisfecho con la confession, que hizo de su delito, no la impuso otra penitencia, que la de la confusion, y dolor de haver ofendido à un Salvador tan caritativo. En la parabola de el buen Pastor, que buscó con tanta ansia la Oveja perdida, nos declaró sus excessivas ansias de buscar à los pecadores; y no contento con esto, recelando, que no conociessemos bastantemente la ternura, y compassion, que tiene de ellos, nos la enseñó con un modo admirable en la parabola de el Hijo Prodigio.

II. El Salvador nos quiso señalar todas las circunstancias de la mala vida de el Hijo Prodigio, para que conociessemos la misericordia de su Padre en perdonarnos. Este Hijo ingrato no reparó, à lo que debia à un tan buen Padre, que le havia amado con tanta ternura, y que le havia educado con tanto cuydado: pidióle su legitima; y sin atender, à lo que su Padre le decia, ni à sus cariños, ni à la pesadumbre, que le daba con su ausencia, se

au-

ausentó de él muy alegre. Apenas se apartó de su Padre, quando olvidado de su bondad, y consejos, se abandonó à todo genero de desordenes, con tanta profusion, que dissipó en poco tiempo sus grandes riquezas, y se vió precisado à mendigar, y obligado à servir, hasta llegar à guardar una manada de cerdosos animales. La infelicidad, y modo de vivir de el Hijo Prodigio, no se parece al tuyo? Una conducta tan mala, y llena de ingratitud, podia dexar esperanza à este infeliz Prodigio de hallar algun resto de cariño en el corazon de un Padre tan justamente ofendido, y tan justamente irritado? Si el Prodigio hiciera reflexion en el modo, con que dexó, y bolvió la espalda ingrato à su Padre, ciertamente tenia razon para no esperar de él ninguna cosa; pero acordandose de la bondad de su Padre con él, creyó hallar todavia en la ternura inagotable de este corazon paternal algun remedio à sus desgracias: lleno, pues, de confusion, de dolor, y de confianza, toma la resolucion de ir à echarse à los pies, de el que havia ofendido, entregandose enteramente à su

mi-

misericordia. Pues si tu has imitado la vida de el Hijo Prodigio en sus desordenes; por qué no imitas su confusion, su dolor, su confianza, y su promptitud en buscar à Dios?

III. Este infeliz Prodigio viene temeroso, y confuso à casa de su Padre para echarse à sus pies, no busca mediador, ni quiere otro, que el corazon de su mismo Padre. Los cariños, y favores, que le havia hecho otro tiempo, parece, le aseguran, de los que le hará en adelante: y no se engañó; porque apenas se puso delante de su Padre, aunque estaba lexos, para que sus ojos le distinguiesen, quando su corazon paternal le reconoció, sin que el miserable estado, en que estaba, se le hiciesse desconocer, y olvidando su gravedad, su edad, su flaqueza, y las ingratitudes de su Hijo, se acuerda solo, de que es su Padre, corre ácia él, y aun sin reprehenderle de sus acciones, se echa en su cuello, le abraza, y le aprieta ácia su corazon, le riega con sus lagrimas, y uniendo los favores con los cariños, le hace vestir con una riquissima vestidura, le hace un gran festin, y combida à todo el

mun-

mundo, que venga à participar de su alegría. Todas las señales de la bondad de este Padre, que haveys querido, Dios mio, referirme, y que sepa para animar mi confianza, no llegan à la bondad, con que vuestra Divina Magestad recibe al pecador; y assi, aunque fuesse mi vida mas enorme, que la de el Hijo Prodigio, no desesperaré de vuestra misericordia, seguro de la bondad, con que me recibireys; y que en lugar de arrojarme, y despreciarme, gustaréys de mi conversion.

FRUTO.

Examina en tu modo de vivir, lo que te has parecido al Hijo Prodigio, imitale en la confusion, dolor, confianza, y promptitud, con que bolvió à casa de su Padre.

Pater, peccavi in Coelum, & coram te; jam non sum dignus vocari filius tuus. *Luc. 15. v. 18. 19.*

Padre mio, pequé contra el Cielo, y contra ti; ya no soy digno de llamarme tu hijo.

Talis vita mea; numquid vita, Deus meus! *Aug. lib. 3. confess.*

De este modo ha sido mi vida, Dios mio;

si

XVII. DIA.

DE EL ESPIRITU
de penitencia.

I. NO es bastante tener las apariencias, ò las señales de la penitencia; es menester tener su espíritu. Nada havia mas ordinario, que este espíritu de penitencia en los primeros tiempos, quando la pureza de las costumbres de los primeros Christianos le hacia, al parecer, menos necesario; nada hay menos frequente aora, que la relaxacion, y corrupcion de las costumbres, le hace necesario absolutamente. Quando el espíritu de penitencia ha entrado bien en un corazon, produce siempre sus tres efectos: el primero, es un deseo verdadero de satisfacer à Dios, afligiendo su corazon, castigando su cuerpo, mortificando sus sentidos, y sus inclinaciones desregladas. Un espíritu penitente, considera à
su

su corazon, como author de la rebelion contra Dios; y tocado de su santo amor, y de el dolor de haverle ofendido, no cessa de decir: *Crucifigatur; reus est mortis*: Es menester crucificar este corazon con un dolor vivo, y continuo; él tiene la culpa de mis pecados; para castigarle, es menester, que con una sincéra contricion muera à todas sus culpas. Entonces mira à su cuerpo, como un esclavo rebelde, que se sublevó contra su Señor, y en lugar de regalarle, cree, no haver bastantes rigores para tratarle como merecia; y de esto procede el ardiente deseo, que tiene de mortificarle con ayunos, vigili-
as, cilicios, y otras invenciones, que inventa el espíritu de penitencia, en los que estan tocados de él. Há, que lo que yo regalo mi cuerpo, haviendose tantas veces rebelado, y sublevado contra su Señor, me convence bien, de que no estoy muy animado de el espíritu de penitencia!

II. El segundo efecto, que causa el espíritu de penitencia, à los que le tienen, es el deseo de el retiro, y separacion de el mundo. Un penitente mira al mundo, y las ocasiones peli-
gro-

grosas, que en él se ofrecen, y que han sido la causa de sus caídas, con el mismo horror, que se miran los escollos, adonde se ha naufragado: esto le obliga à evitarlos, convenciéndose por su propia experiencia de la flaqueza, y corrupcion de su corazon, y lo poco que puede contar sobre la firmeza de su virtud; y por esto no le parece, que está seguro, sino huyendo, y retirándose. Un nuevo penitente debe considerar su corazon, como una hacha, que está verdaderamente apagada, pero que todavia humea, y que se bolverá à encender, por poco que se acerque à la llama; quiero decir, à la vista de los objetos, que le hicieron arder. Mira tambien à su virtud, como una flor tierna, que empieza à salir, à quien el mas minimo viento, ò rayo de Sol la seca, y hace caer. En fin, una alma tocada de Dios, y de el deseo de convertirse, necessita de retirarse, de entrar en sí misma para estudiar, y reconocer la corrupcion de su corazon, la multitud, y gravedad de sus pecados, y los funestos extravíos, por donde se ha dexado ir tantas veces, gimiendo por todo

todo esto delante de Dios para lavarlos con sus lagrimas, para conocer su origen, y aplicar los remedios. Si los movimientos, que Dios te inspira, no tienen este efecto, es; porque no tienes cuydado de retirarte de el mundo, que es, el que lo impide.

III. El tercer efecto, que produce en el corazon el espiritu de penitencia, es la constancia en la oracion. Una alma penitente, que ve, y conoce su pobreza, su inclinacion al mal, su debilidad, ò repugnancia al bien, comprehende con facilidad lo mucho, que necessita de los auxilios de Dios, y de su gracia para sostenerse; y cómo los puede alcanzar mas infaliblemente, que con la oracion? Ninguna es mas poderosa para con Dios, que los gemidos secretos de una alma, que llora sus desordenes passados, y sus miserias presentes, y que pide à Dios con el silencio doloroso, que es, el que mejor se dexa entender de su Divina Magestad, que le perdone los unos, y le libre de los otros: esto es, lo que conviene mas à una alma penitente, debiendo ser su ocupacion continua gemir delante de Dios, y decirle con

Domine, ante te omne desiderium meum; & gemitus meus à te non est absconditus.

Psal. 37. v. 10.

Effundã spiritum gratiæ, & precum.

Zachar. 12. v. 10.

FRUTO.

Si eres pecador, es preciso seas penitente, y para serlo verdaderamente, es menester te ocupes en la oracion, retiro, y mortificacion.

Postquam coangustatus est, egit pœnitentiam valde coram Deo ::: deprecatusque est eum. *Paral. 33. v. 12. 13.*

Haviendo sido penetrado de un vivo dolor, hizo gran penitencia delante de Dios::: y se dió à la oracion de todo su corazon.

Pœnitentia pro Dei indignatione fungitur. *Tertull.*

La penitencia debe tomar las veces de la justicia de Dios para castigar al pecador.

XVIII. DIA.

DE EL ASSIMIEN TO A LOS placeres.

I. UNA vida deliciosa, y regalada, es casi siempre desordenada, y las mas veces delinquente, aun quando no se pudiesse discernir, ni distinguir el pecado. Cada placer, cada gusto en particular puede no ser culpa; pero la continuacion de los placeres, y diversiones, la grande aficion, que se les toma, y las consecuencias de ellas, nos hacen ordinariamente pecadores. El Salvador maldice, à los que viven una vida deliciosa: *Desgraciados de vosotros ricos, los que estays siempre en el placer, en la abundancia, y en la alegria!* Solo el pecado, ò el estado de él, puede ser objeto de la maldicion de Jesu-Christo. Esta vida deliciosa, que tan claramente maldice, no puede ser inocente. En el estado infeliz de corrupcion, que estamos, no podemos defendernos de el pecado, sino precisa-

Ve vobis divitibus, quia habetis consolationem vestram! Ve vobis, qui saturati estis! Ve vobis, qui ride- tis!

Lucæ 6. v. 24. 25.

mente

mente resistiendo à la inclinacion, que à él nos lleva; no podemos resistir à esta inclinacion, sin hacernos una continua violencia: pues cómo podrá una persona entregada à sus diversiones, y regalos, y que mira con temor, y horror, todo lo que à esto se opone, hacerse esta violencia? Y por consiguiente, cómo podrá librarle de el pecado?

II. Los gustos inocentes, y pecaminosos, tienen ordinariamente el mismo objeto, sin diferenciarse, sino en las circunstancias, en la moderacion, ò en el exceso. El juego (pongo por exemplo) es una diversion, que puede ser inocente, considerado, como diversion; pero si se hace de él una ocupacion, (como sucede à tantos) si se emplea mucho tiempo, si se envicia uno mucho, si este mismo deseo de jugar, nos hace omitir nuestra obligacion, si arriesgamos mucho dinero; quien dudará, que no es inocente, y que es pecaminoso? Una vez, que nos hemos entregado à la passion de el juego; quien dudará, que es moralmente imposible, el distinguir, hasta donde llegan precisamente los

li-

limites de el gusto inocente? Quando los distinguiésemos, no sería menos difícil el no exceder, y detenerse en el bordo de él principio, adonde todo nos rempuja, y adonde todo nos lleva. Por otra parte es menester establecer, en qué consiste el desorden de el pecado mortal? San Agustin dice: Que consiste en hacer el fin de los medios, y de los medios el fin; pues en verdad, que una persona entregada à sus regalos, y delicias, hace su principal ocupacion en la continuacion de sus placeres, y piensa mas en esto, que en su salvacion, y su Dios; todo lo que hace, es con esta relacion; y qué se podrá llamar, tener por fin su regalo, si esto no lo es? Una persona, que estuviéssese en esta disposicion, podrá decirse, que no está en pecado mortal? El ansia excessiva, que tienes à tus regalos, te da à entender, el que te hallas en tan infeliz estado; y no obstante, porque no te permites otros placeres pecaminosos, te juzgas sin culpa; no sé, si Dios lo juzgará assi.

III. Puede ser sin gran pecado, hacer una vida, que nos impossibilita moralmente à cumplir con las obliga-

Tom. III.

Y

cio-

338 *Reflexiones Christianas,*
ciones de nuestra esfera, de nuestro estado, y de la calidad de Christianos, que tenemos? Pues un grande assimientto à nuestros placeres, ordinariamente nos impossibilita. Un Juez, entregado con passion à divertirse, no huye de el trabajo? No se le hace muy cuesta arriba el estudio, que necessita para adquirir la capacidad, que ha menester para cumplir con su empleo? Pondrá toda la aplicacion, que se necessita para examinar un negocio difficil, è instruirse de él desde su origen? No se entregará ordinariamente, à lo que dixere su Passante, ò Secretario, cohechado, ò perezoso? Un Ecclesiastico, ò Pastor, que gusta de una vida regalada, tendrá todo el zelo, que es necesario para no ser prevaricador de su ministerio? Tomará todo aquel trabajo, que es menester para cumplir con su obligacion? Una muger entregada al juego, y que no piensa sino en divertirse, podrá sujetarse à todos los cuydádos, de que necessita para agradar à su marido, para aplicarse à la educacion de sus hijos, y para velar sobre el modo de vivir de su familia? Todas estas, no son las obliga-

cio-

para el mes de Septiembre. 339
ciones essenciales de un Christiano? Pues si el assimientto al placer, impide el cumplirlas, tambien impedirá el salvarse; y en qué razon podrá, Dios mio, estar afianzada la esperanza de su salvacion, de tantas mugeres, que no se ocupan continuamente, sino en buscar diversiones, y entretenimientos!

FRUTO.

Examine, para conocer, si tienes sobrado assimientto à tus diversiones; y si le tienes, procura moderarle, y atajar sus consecuencias.

Væ vobis divitibus, quia habetis consolationem vestram! :: Væ vobis, qui saturati estis! :: Væ vobis, qui ridetis! *Luc. 6. v. 24. 25.*

Desgraciados de vosotros ricos, que estays siempre en el placer, en la abundancia, y en la alegria!

Lubrica spes, quæ inter fomenta peccati salvari se sperat. *Hieron.*

Es una confianza falsa, la que tenemos de nuestra salvacion, en medio de los deleytes, que fomentan al pecado.

Y₂

XIX.

XIX. DIA.

DE LOS DEFECTOS, QUE
debe evitar un Christiano en la
conversacion.

Jacob. 1.
v. 2.

I. **M**uy dificil es conversar con los hombres, sin ofender à Dios, y dañarse la conciencia. *Es menester ser perfecto*, (dice Santiago) *para no pecar, hablando; pero tambien*, (añade el mismo Santo) *el que no puede gobernar su lengua, se engaña à sí mismo, si juzga ser verdadero Christiano*. Otro Santo decia, que nunca havia estado con los hombres, que no huviera buuelto menos hombre; esto es, menos de buena conciencia; pero preguntese cada uno à sí mismo, si no procede de sus conversaciones la materia ordinaria de su confesion? El silencio es el modo mas breve, y mas seguro para conservar la inocencia; porque hay muchos defectos, que es menester evitar en la conversacion. El primero es, la inutilidad; qual es el

assump-

para el mes de Septiembre. 341

assumpto de la mayor parte de las conversaciones de las mugeres, aun de aquellas, que passan por devotas? Ociosidades, vagatelas, y fruslerías. Se habla jamás de Dios? No; que lo tendrian por ridiculez. Nada manifesta mas la corrupcion de los Christianos, y nada nos hace conocer mas lo poco, que amamos à Dios. Si nosotros os amassemos verdaderamente, Dios mio, pensariamos muchas veces en vuestra Divina Magestad, y pensando muchas veces en Vos, hablariamos tambien muchas de Vos. Si Vos, Dios mio, no estays en nuestras lenguas, es que no estays en nuestros corazones: y si es assi, que las conversaciones inutiles, y ociosas se deben condenar; qué será de las conversaciones peligrosas, ò pecaminosas, llenas de vanos discursos, y de palabras poco honestas, ò de murmuracion?

II. Qual es el assumpto mas frequente de la conversacion de la gente honrada, aun de aquellos, que no tienen credito de desreglados? Ordinariamente se habla, de lo que son dignas de estimarse las riquezas, las honras, y los passatiempos; debaxo de es-

tos

tos principios, se establecen una infinidad de maximas vanas, contrarias al Evangelio, y por consiguiente falsas, sin que nadie se les oponga. En qué consistirá, que si alguno dice alguna proposicion contraria à las verdades especulativas de el Evangelio, inmediatamente todos se oponen à tal impiedad; y quando se dicen maximas contrarias à las verdades practicas de el Evangelio, todos las aplauden? Son acaso menos de Fé estas segundas verdades? No obstante esto el Christiano, que no tuviesse otro pecado, que el de estas conversaciones, estaria gustoso, y juzgaria, que no se le havia de pedir cuenta de ellas; pero no se la pedirán terrible en aquel Tribunal riguroso, donde se juzgan hasta las palabras ociosas? Qué ferá allí de las palabras de murmuracion? Es muy raro, hallarse en una conversacion, donde no se murmure; hallandose en ella, es muy difícil el no murmurar, y aun quando uno no murmurasse, para lo qual es menester violentar sus passiones, es dificultosissimo, no oir la murmuracion con algo de complacencia; y qué hombre vemos, aun de los mas

vir-

virtuosos, que se oponga, y contradiga à la murmuracion? Y no obstante, el que la oye con complacencia, ò la permite con cobardía, quando la podia impedir, no es menos culpable, que el mismo, que murmura. Podrás decir despues de esta reflexion, que no has pecado en la murmuracion?

III. Pero aun es mucho mas contra razon, el ver à los Christianos, profanar con discursos deshonestos, è impuros una lengua tantas veces teñida con la Sangre de Jesu-Christo; ver à las mugeres, que les ha tocado por su particion el empacho, y la modestia, y que se llaman Christianas, sufrir, que otros las digan palabras libres, y equivocas, incitandoles à decirlas, por el gusto, que muestran, y el festejo, que hacen de oirlas; y aun permitirse à sí mismas estas conversaciones. Juzganse, como si fuera nada, estas palabras, llamanse buen humor; pero el Apóstol las pone entre los pecados, que nos destierran de el Cielo; porque verdaderamente manchan la conciencia, de quien las dice, y condenan frequentemente las almas, de los que las oyen. Há desgracia! A quantas perso-

nas

*Ephes. 5.
v. 6.*